

Clara Janés

Viaje a los dos Orientes

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

Palabras previas

Dado que la Tierra es redonda y Oriente es el «punto cardinal del horizonte por donde aparece el Sol en los equinoccios»¹, todos sus espacios pueden revestir la condición de Oriente. Ahora bien, oriente puede ser también un lugar interior, aquel que nos *orienta*, aquel que inspiró al filósofo persa del siglo XII Sohruvardi las palabras: «A los errantes que llaman al portal de las altas salas de la luz con verdad y firmeza de corazón, van a buscarlos los ángeles de Dios y los atraen al Oriente de las Luces, los saludan con saludos del mundo de Malakût², y derraman sobre ellos un Agua que brota de la fuente de la Belleza» (*La sabiduría oriental*).

Oriente es también –y es belleza– «el brillo especial de las perlas» y el «nacimiento o principio de las cosas»³, y es, igualmente, un viento. La casa de mi infancia, situada en Pedralbes, estaba orientada hacia el Este. Desde su azotea veía toda la ciudad de Barcelona rematada por la montaña de Montjuich y el mar. Veía los barcos y éstos corroboraban la realidad de la

¹ Diccionario de Casares.

² «Mundo o esfera del alma», Henry Corbin, *Corps spirituel et Terre celeste* [*Cuerpo espiritual y Tierra celeste*, trad. de Ana Cristina Crespo, Siruela, Madrid 1996].

³ Diccionario de Casares.

aventura. Pero también el viaje y la aventura –sobre todo para un niño– podían tener dos caras: la exterior y la interior, la que implica salir de casa o la que enriquece el juego. A través de las historias oídas, el cine, los libros, se van distribuyendo en la mente los espacios de la aventura, siendo ya un elemento fundamental, en este hecho, la conciencia de lo próximo y lo lejano, no sólo geográficamente. Hay aquello que uno reconoce de inmediato como distinto, países con pobladores de otras razas, que visten de modo extraño, que escriben con caligrafías indescifrables, y aquellos en los que uno se reconoce, cuyos textos se pueden leer aunque no se entiendan. Los primeros seducen por su colorido y su enigma, los segundos exigen una atención menos envuelta en fantasía. Esto me ha movido a dividir los textos aquí recogidos –la mayoría de los cuales son artículos aparecidos en la prensa, algunos adaptados para esta edición– en dos bloques que responden a ambos conceptos. Hay un tercero: «El primer viaje». Gira en torno a un lugar muy *frecuentado* mentalmente durante la infancia que todavía no he pisado: Extremo Oriente.

Situándonos en España, todos los países visitados quedan al Este, excepto uno: Portugal. Pero, a decir verdad, nunca sabré si miro a Lisboa como Occidente, desde Barcelona, o como Oriente, desde la imaginada Kioto.

Viaje a los dos Orientes

Nota

Dado que he modificado algunos textos bien para no repetir, bien porque habían sido reducidos en la prensa por necesidades tipográficas, doy como única referencia a su anterior publicación el año en que ésta tuvo lugar.

I

Los caminos de la luz

Jardín turco

Pasa una nube y sólo el poeta ve la intención de su trayecto. Si el poeta es turco, sabe que corre a proteger del sol un jardín donde las rosas y los ruiseñores son compañía de una joven de ojos garzos que se llama Aisé. En él moran, además, una paloma y una liebre de largas orejas, que al llegar la noche se duermen junto a un estanque que refleja el cielo. La nube saca brillo a las estrellas y la luna y se transforma luego en un laúd para entonar una nana; todo por complacer a la muchacha, a la que, cuchillo en mano, amenaza Seyfi el Negro, que la pretende y codicia sus bienes.

Seyfi corta las flores, la nube le clava en la carne la hoz de la luna; Seyfi se alía con el Cardo y, provisto de un saco y un cántaro, parte hacia los países de la Sequía y de los Vientos; llena el saco de arena, el cántaro de huracanes, y lo vierte luego en el jardín de Aisé. La nube enamorada, por salvarlo, se suicida convirtiéndose en lluvia; así las flores muertas resucitan y a Seyfi le castañetean los dientes mientras los vientos derrotados se vuelven contra él llevándolo a un lugar sin retorno. Aisé llora por la nube muerta, pero la liebre la remite al sol, que surge esplendoroso, y evaporando agua del estanque reúne de nuevo en el cielo las diminutas gotas, reconstruyendo su algodonoso cuerpo, que ahora cobra la forma de una boca que sonrío.

De hecho, todo había nacido de una boca, la de un derviche que tocaba la flauta, de cuyos agujeros, al soplar, surgían árboles, ríos, montañas, caminos, flores, y también lo hicieron Seyfi y Aisé; y todo ello del verbo fantástico de Nazim Hikmet, ese poeta que fue abanderado en su país por la causa de la libertad, tanto en el texto, pues antes que nadie escribió en verso libre, como en la vida, lo que le llevó a ser encarcelado repetidamente hasta que se exilió en 1951. Solimán Salom nos dejó, además de la traducción de sus poemas, su emocionante biografía. Por su parte, Fernando García Burillo, un joven editor que no conoce el miedo, se lanzó un día a ofrecernos, en edición bellamente ilustrada, ese cuento de Hikmet, *La nube enamorada*. Que sean bienvenidos tales derviches y crezcan las flores de jardines tan próximos, y a la vez tan lejanos y misteriosos, que encierran para el lector una forzosa tentación.

1990